

M. PABLA BESCÓS E.



Al cerrar mis ojos he querido visualizar tu rostro, he notado cómo mis manos impulsadas por una extraña fuerza me ha llevado poco a poco a reproducir en un papel la imagen que tantas veces he visto, que por tantos años he contemplado. He ido trazando tus rasgos buscando en tus ojos, en tu mirada, algo que me hiciera salir de mi misma, que me confrontara. Al mirar tu frente, pretendiendo penetrar tus pensamientos hasta encontrar en ellos un mensaje actual, una palabra que diera sentido, que iluminara mi horizonte, que cambiara mi vida... he quedado impactada por tu serenidad. Tu mirada profunda, tranquila, refleja tu mundo interior, tu fortaleza, tu capacidad de amar y tu grandeza. Nada de lo humano te es ajeno...

Seguí dibujando... tus labios firmes denotan calma y seguridad. Recordé la capacidad de escucha y la dulzura de tu respuesta. Escuchabas a tus hermanas con atención, con amor en particular a las novicias cuando te pidieron este servicio. Tu sonrisa me hizo sentir cómoda y segura. A la vez me puso muy reflexiva, me pareció escuchar que me llamabas ilusa, pero luego entendí que solamente era el eco de mis propios pensamientos.

Al dibujar tus manos observé tu firmeza y suavidad, tu capacidad de acoger, sostener y abrazar. Los dedos entrelazados en una actitud clara de reflexión, de espera. Supiste guiar con mano suave y firme, diste seguridad a la congregación en momentos cruciales.

Cuanto más contemplaba tu rostro dibujado, con mayor claridad veía el rostro del Maestro, fue tu modelo y referente. Tu vida no fue fácil, lo sé, requirió de esfuerzo y

paciencia, de aprender a bajar hasta el abismo, de vivir tu noche oscura, confiada, esperanzada, segura en Él. Resultado de caminar con Él por mucho tiempo, de escuchar su palabra y de saberte transformada y amada por Él.

De pronto, miré nuevamente tus ojos y sentí que me invitabas a tomar una hoja de papel y dibujar el rostro de Jesús, dijiste: haz el ejercicio y encontrarás respuestas.

Tomé otra hoja de papel y me dispuse a abrir todos mis sentidos, mi mente y mi corazón para profundizar...

Empecé pues, siguiendo su consejo. Saqué mis lápices, borrador y elementos para esta tarea. Antes dediqué tiempo a la oración, encendí una luz e hice un recorrido por mi vida. De inmediato recordé la pregunta que Él hizo a sus discípulos: Mc 8, 28-30

27 -¿Quién dicen los hombres que soy yo?

28 Ellos respondieron:

--Unos, Juan el Bautista otros, Elías y otros, alguno de los profetas.

29 Entonces él les dijo:

--Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Respondiendo Pedro, le dijo:

--Tú eres el Cristo.

30 Pero él les mandó que no dijeran esto de él a nadie.

Me pregunté: ¿Quién es Jesús para mí? Como una lluvia de palabras aparecieron entre otras las siguientes: amigo, maestro, dueño, señor, camino, horizonte, sentido, luz, TODO... En lo más profundo de mi ser resonó como un eco que sacudió mi sordera: entonces...

También he caminado con Él, le he escuchado, me he sentido amada y transformada; pero, al igual que Pedro me he encontrado acobardada y confundida.





Dibujé su cara, la mirada dulce, tierna, amorosa, confiada. Poco a poco fueron pasando escenas de mi vida de manera regresiva hasta mi niñez; escenas en las cuales encontré ternura, amor y me sentí confiada. Curiosamente, descubrí múltiples situaciones que ahora se hacían vivas en mí produciendo alegría y confianza, tomé la confianza y la alegría y las anclé en mí. Volví a mirar los ojos de la madre, luego miré los de Jesús y en los dos leí:

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” Mt: 20,28. Tomé la biblia y mientras buscaba mis ojos se desviaron hacia una frase *“Hacer la voluntad del Padre”*. Tenía mucho tema para meditar...

Recogí mis lápices y demás elementos para seguir meditando, ahondando, profundizando... la mirada de Jesús me acompañaba y M. Pabla susurraba: sigue dibujando, hay muchas cosas que te harán bien, a lo mejor no serán nuevas pero seguramente las verás, las oirás, las sentirás de otra manera y descubrirás el camino a seguir... Recuerda que has guardado dos anclas musitó y las vas a necesitar todo el tiempo. Sin alegría, sin confianza se hace más duro y oscuro el camino.

Elizabeth Torres Páez